

DARDER LISSÓN, MARTA: *De nominibus equorum circensium. Pars Occidentis*, Reial Acadèmia de Bones Lletres (Institut d'Estudis Històrico-Literaris), Barcelona, 1996 (402 pp.). I.S.B.N.: 84-922028-0-7.

El presente estudio (basado en la Tesis Doctoral del mismo título) sobre los nombres propios o apelativos de los caballos que corren en los circos romanos occidentales, se articula en torno a un *corpus* onomástico en el que la autora analiza pormenorizadamente el significado de dichos nombres en su contexto inmediato y dentro de un marco arqueológico e histórico-lingüístico más amplio, a partir del valor semántico que poseen en el momento en que se atestiguan.

Los testimonios que se han conservado (cuya cronología abarca fundamentalmente desde el siglo II al IV d.C.) responden normalmente a los nombres de los equinos que eran conocidos por sus victorias circenses, nombres que formaban parte del ambiente mismo del circo. Los aficionados a las carreras recordaban a los caballos y a los aurigas preferidos, mediante una representación iconográfica o anotación de sus nombres. Éstos aparecen en inscripciones funerarias u honoríficas, así como en todo tipo de soportes materiales: mosaicos, mangos de cuchillos, lucernas, *defixiones* (tablillas execrativas con fórmulas imprecatorias de signo supersticioso), *tesserae* de plomo, «contorniats», etc. De igual forma, las fuentes literarias de carácter poético o histórico (Juvenal, Marcial, Plinio) mencionan algunas carreras y caballos victoriosos que destacaban por su renombre entre la sociedad «cultura» del momento.

Tal y como apunta la autora, muchos de los individuos que hacían representar las figuras equinas en sus mosaicos, serían propietarios de *villae* dedicadas a la cría de caballos.

Especial atención requieren los «contorniats», en los que se anotaba el nombre del caballo vencedor al lado de su representación. Siguiendo de cerca las aportaciones de A. Alföldi, la autora estima que estos documentos en concreto reflejarían en buena medida el ambiente social de finales del siglo IV, apuntando una simbología pagana y un mensaje reivindicativo en defensa de los juegos circenses. Testimoniarían, así, la posición de una parte de la población romana adinerada e inconformista que luchaba

contra las prohibiciones de este tipo de espectáculos por parte del cristianismo oficial.

La vinculación de los nombres de los caballos con el contexto histórico viene determinado para Marta Darder por la imposibilidad de la disociación de la propia onomástica equina con respecto a la arquitectura circense y a su componente religioso y propagandístico. El espectáculo circense responde a un universo donde cohabitan todos los niveles sociales y donde se ensalzan los principales valores y rasgos de la sociedad romana: la religiosidad, el culto a los dioses, los sacrificios, el culto a los emperadores, la superstición y la magia, etc. El espectáculo del circo no sería sólo un acto lúdico, sino una «representación» de la estructura misma de la sociedad romana. En este marco es en el que la autora precisamente desea situar su estudio onomástico, aunque hubiese sido de desear un mayor desarrollo de estos aspectos.

Los nombres de los caballos circenses contienen los referentes ideológicos de la mentalidad del individuo que los eligió. Dichos nombres responden al concepto victorioso que representan y al propio ambiente circense. Pueden mostrar, por un lado, el contexto socio-cultural en el que aparecen y, por otro, la realidad circense inmediata.

Lingüísticamente, en las inscripciones funerarias u honoríficas de cronología temprana (siglos I ó II) y en los textos literarios aparecen pocos errores y mantienen la grafía esperada para su época. Sin embargo, en los testimonios más tardíos y, sobre todo, en las *defixiones* a partir del siglo IV pueden detectarse errores ortográficos y rasgos propios de un latín vulgar que reflejan la anotación de una lengua hablada en constante evolución (p. 22). Desde el punto de vista léxico, muchas inscripciones o anotaciones reflejan a veces un colectivo relativamente culto que, sin embargo, parece que no se mantiene alejado de la vida cotidiana o ciudadana. El porcentaje elevado de nombres griegos y la frecuente transcripción correcta de los mismos, así como los paralelos de uso poético, junto con otros de origen popular, pero testimoniados en la literatura, permiten identificar un tipo de individuos que representa a un sector relativamente «culto» de la sociedad, pero que, al mismo tiempo, participa de la vida cívica que le rodea (p. 26).

Por medio del análisis semántico de los nombres, se puede reconocer el campo de significación en que se agrupan los nombres y, en la medida de lo posible, pueden aproximarnos a los caracteres de las personas que los eligieron. Por medio de una adecuada clasificación semántica, la autora hace observar cómo los nombres de los caballos circenses del Occidente romano, describen en detalle qué era lo que se esperaba de dichos *equi circenses*. A través de una primera lectura, se pueden conocer su aspecto físico, su carácter, las cualidades más apreciables para la carrera, hasta qué punto llegaba la estima del propietario por su caballo y en qué grado se valoraba la victoria. En una segunda lectura, se observan nombres que recuerdan pueblos luchadores (donde se valoran las cualidades de luchadores incansables, la valentía, etc.), que hacen referencia a nombres y caracteres definitorios de los dioses de la mitología grecolatina, etc.

A partir de la página 43 (y hasta la 290) se despliega el cuerpo central de la obra: un eru-

dito *corpus* onomástico, elaborado de forma profusa y detallada, donde se reflejan los aspectos fundamentales del nombre de los caballos: etimología, significado, paralelos onomásticos, comentarios de estudios semánticos de otros autores, e interpretación y definición final del nombre.

A continuación, la relación de las fuentes documentales aparece organizada a partir del tipo de soporte, teniendo en cuenta la secuencia cronológica y la relación entre la iconografía y el texto (mosaicos, vidrios, discos y placas, mangos de cuchillos, «contorniats», *teserae* de plomo, cerámica, documentos arqueológicos diversos, inscripciones, *defixiones*, fuentes literarias).

El libro se cierra con dos índices (uno onomástico y otro de fuentes y pasajes citados), un anexo de XVI láminas de ilustraciones, y una amplia y detallada bibliografía.

Pablo C. Díaz
Raúl González Salinero